

TRATAMIENTO DE LAS TOXICOMANIAS EN EL MONASTERIO DE THAM KRABOK

DR. JAVIER AIZPURI DIAZ, * ANA AGUIRRE ALDAYTURRIAGA

En el problema de las toxicomanías, sobre todo a las sustancias opiáceas y cannábicas, nuestra práctica médica occidental se encuentra sumergida en un mar de contradicciones. No solamente desconocemos la mayoría de las implicaciones derivadas de su uso a largo tiempo, sino que el ámbito de las vivencias supraconscientes es tan diferente, que nuestras propias sensaciones vividas y nuestra cultura resultan insuficientes para llegar a una mínima comunicación con un joven que haya "viajado".

Algo que constatamos diariamente es que el joven adopta al consumir estas sustancias unos hábitos, una patina y una supraestructura de retazos del mundo oriental; recoge lo que puede del induismo, budismo, técnicas de meditación, parareligiones, etc... No es cuestión aquí de dirimir la enorme importancia del Thanatos y de la busca metafísica del toxicómano, que será objeto de otro artículo. Para mí, al igual que para muchos de los que tratamos toxicómanos, es un hecho importante la mejoría obtenida por muchos de ellos, sobre todo a nivel somático y de desintoxicación, practicando técnicas naturistas, que no son más que normas de Medicina Ayurvédica.

A pesar de nuestra cultura imperialista y de desprecio a las "colonias" como seres "inferiores", es claro que la medicina oriental, tanto la derivada del induismo como la budista, posee en muchas materias un conocimiento y una práctica superior a la nuestra. No es de extrañar, por tanto, que tantos siglos de manejo del opio y el cannabis hayan derivado en la creación de unas técnicas válidas de tratamiento.

Para confirmar esta hipótesis me dirigí a Tailandia por ser la mayor productora de opio en la actualidad con su famoso "triángulo de oro", y porque, a pesar del "implosium" que le ha supuesto ser el centro de la **debacle** bélica de extremo oriente y de ser

* Jefe Unidad Alcoholismo y Toxicomanías. Sanatorio Psiquiátrico. Zamudio (Bilbao).

fagocitada por el imperialismo U.S.A., a nivel de base conserva su medicina tradicional. Es de señalar que todavía en la actualidad el poder lo comparten la autoridad militar y el clero (budismo), siendo los representantes de ambos estamentos quienes dictan las leyes en los pueblos. Pero el sacerdote budista, además de ser la estructura espiritual y creador de formas de cultura comunitarias inmanentes a su doctrina, es el que practica la medicina, al igual que nuestros monjes de Montecasino en el medievo, y sobre este monje gravita una cultura médica tradicional derivada de una experiencia de miles de años a base de hierbas, ayunos, masajes, técnicas respiratorias, etc...

Mi posición personal partía de la aceptación de este hecho: su contacto durante miles de años con el opio y de ahí su conocimiento de las alteraciones patológicas que provoca y el fácil manejo de métodos terapéuticos. Sin embargo, mantenía una duda: ¿qué había supuesto en este mundo la aparición de la heroína?, ¿servirían los mismos métodos de acercamiento? La cultura occidental ha tenido que enfrentarse a un problema similar: la aparición de la destilación del alcohol, invalidando los mitos relativos a bebidas alcohólicas anteriores, y la agudización del problema.

Había oído hablar de un monasterio como principal centro de tratamiento de toxicómanos llamado Tham-Krabok, por todo lo cual decidimos realizar el viaje al referido monasterio.

Se encuentra en la provincia de Saraburi, en un paisaje selvático protegido por unas grandes rocas, bastante apartado de la capital de la provincia, en las montañas de Prong Prab. Parece ser que hacia 1957, nueve monjes de la Orden Tudong se establecieron en una caverna llamada Tham Krabok, lugar en que posteriormente se fue desarrollando la comunidad. Los Tudong constituyen una orden de monjes budistas que visten hábito marrón y entre las reglas que observan se incluye una peregrinación al año durante la cual tienen obligadamente que recorrer una determinada distancia diaria, en un número establecido de días, no pudiendo utilizar como medio de transporte más que sus pies y portando como único bagaje su túnica, un recipiente para comer lo que les den, una calabaza de agua y su "Krot" —una sombrilla para protegerse de la lluvia y dormir bajo ella—. Esta orden puede ser comparable a las de meditadores del catolicismo, ya que en su caminar se dedican a propagar los diferentes caminos del budismo.

Hacia 1959, año en que el gobierno prohibió el opio, algunos adictos que se sintieron imposibilitados para conseguir droga y perseguidos acudieron a buscar ayuda a Tham Krabok, ya que estos monjes poseían la fórmula tradicional de tratamiento de las enfermedades producidas por tóxicos. Por esta época los monjes aumentaron a 30, doblándose en número un año más tarde.

Según nos refirió el superior del monasterio —y nos lo dio por escrito—, desde 1960 hasta 1962 acudieron 10.000 (diez mil) adictos a tratarse, aunque en aquellos años no llevaban ningún registro de datos y no se había publicado nada.

Hacia 1962 mejoran su fórmula herbolaria, siendo ya la que utilizan en la actualidad; refiriendo que desde 1963, cuarenta mil drogadictos han pasado por allí. En 1963, el gobierno de Thailandia construyó "una casa" para drogadictos, enviando enfermos, tanto de tipo voluntario como obligados por su Dirección General de Seguridad.

A nuestra llegada, el monasterio presentaba el aspecto típico de los monasterios budistas, en los que el ganado, las personas, los edificios y la naturaleza, se mezclan profusamente consiguiendo un orden perfecto a pesar de su aspecto más o menos caótico.

Consta de chozas, cabañas y dos edificios modernos, estos últimos rodeados por una alambrada donde se alojan las dependencias centrales de los monjes y de los enfermos; en medio de todo el barullo puede verse la destilería de hierbas, molinos y talleres de laborterapia.

Debo admitir que a pesar de la primera impresión, fuimos muy bien acogidos y "contemplados", ya que éramos los primeros ciudadanos de habla hispana que aparecíamos por allí. El monje que nos acompañó en todo momento era un escocés que llevaba unos quince años.

El monasterio no cuenta con ningún médico occidental, ni ninguna de nuestras medicinas; asimismo, carece de todos nuestros métodos de diagnóstico tales como: análisis, radiología, etc... El ambiente es agradable, se respira bastante paz y armonía, a pesar de la extrema vigilancia que mantienen para evitar que se suministre droga a los enfermos internados. Además de un horario exclusivo de ingresos (se encuentra vallado) el centro, por así decirlo, de agudos, hay unos monjes consejeros, aunque más parecidos a vigilantes, de generosa talla y ayudados por unos perros dóberman, que parece sugerir lo temerario que sería acercarse por allí con tal fin.

Los enfermos acuden voluntarios o enviados por la familia, por el monje de su pueblo, por las autoridades, etc... El centro es mixto, sin límite de edad. En el momento de nuestra visita había unos ochenta enfermos, con un número importante de heroinómanos, "muy picados", entre los 18 a 22 años; fumadores de opio, e incluso un anciano Thai de una tribu cultivadora de opio que lo habían enviado porque llegaba a comérselo.

La hora de admisión para enfermos es de 1 a 5; el enfermo acude a una oficina de recepción, donde rellena un impreso en el que relata su problema de adicción y una imprescindible información personal. Allí se les explica en qué va a consistir el tratamiento. Solamente les admiten si a partir de entonces desea ser tratado voluntariamente, y por un sola vez. Se le aclara que el tratamiento no puede repetirse, que es para siempre, y que la toma de droga puede causar su muerte, etc... Una vez que el enfermo acepta el tratamiento debe entregar sus objetos personales y dinero, lo que le será devuelto al finalizar su estancia.

Posteriormente son conducidos a un salón donde se les registra y se les entrega uniformes del monasterio que consisten en pantalones cortos rojos y camisa blanca.

Al día siguiente tienen que hacer un voto ante la imagen de Buda, prometiendo que no volverán al camino de las drogas nunca más en su vida y que van a hacer lo máximo posible para conseguirlo. Este voto es de vital importancia para el proceso terapéutico, lleva una preparación y se hace meditar plenamente al enfermo sobre la decisión a tomar. Hay que recordar la enorme capacidad de superación que el budismo concede al individuo. Este voto da fuerza a los enfermos en su resolución y les aumenta su valor para no reincidir en la toma de droga. Es importante señalar que el enfermo no sólo se pone en manos de un médico (corporal), sino de un sacerdote (espiritual), que le puede abrir el camino del desarrollo integral y de la felicidad. (Dato comparativo de la diferencia con que nos ven a nosotros un toxicómano, así como el enorme respeto a la figura del monje, besando tres veces los pies del superior cuando éste les llama).

Los no budistas hacen su voto frente al firmamento (la totalidad del universo). Después de su voto se les lleva al centro de tratamiento, donde se les explica el horario y lo que deben y no deben hacer.

El tratamiento se basa en los siguientes principios:

a) Ambiente armónico, relajado, tranquilo, en contacto con la naturaleza, máximo descanso (se les deja fumar). Baños en el río, paseos acompañados, algún trabajo ligero. Los fines de semana se organizan juegos, música o cine.

b) Supresión brusca de droga, utilización de una poción, fórmula magistral conseguida con unas cien plantas, cifrando su acción en el principio del sistema de fuerzas: "si algo ajeno a ti penetra en tu cuerpo hay que hacer que se elimine totalmente para lograr tu equilibrio". Las hierbas que se administran provocan el vómito y la hipersudoración, "hay que vomitar y expeler todo el mal de tu interior hasta que estés puro". Este sistema dura 10 días; a partir

del segundo día, después de vomitar se le da una poción algo más suave que le haga sudar, "limpiar el veneno de las drogas", y se da al enfermo un baño sauna.

c) Algo parecido a una psicoterapia de apoyo, ya sea individual o de grupo, a cargo de los monjes o toxicómanos más antiguos, en que se habla de la droga, problemas personales, así como los "caminos de la felicidad".

d) Sobre todo ello hay que resaltar la total desconexión con el exterior para evitar que se filtre la droga. Y el ambiente tanto religioso como de control "superior" que eso significa, habida cuenta además que a la vuelta a sus aldeas están controlados por el monje de la comunidad (aunque esto no lo dicen de forma patente, es bastante manifiesto).

"La "bebida curativa", según información de los monjes, dicen la hacen con unas cien variedades de hierbas, una parte se secan y se convierten en polvo, y, otra parte, se hierve y el líquido se mezcla con el polvo, y se vuelve a hervir hasta que se convierta en poción. El 80 % de las plantas pueden encontrarse en la región, y el resto, de otras partes. Durante nuestra estancia en el monasterio no sólo no nos dijeron la fórmula, sino que cada vez que intentábamos fotografiarlas cerca de los hornos de cocción las escondían: lo único que conseguí fue probar algo de la poción, tanto de la más concentrada como de la que estaba más diluida. Pensaba que podía contener opio, ya que la sintomatología de abstinencia desaparecía rápidamente, pero lo único que pude captar fue un fuerte sabor nicotínico, posiblemente del betel.

Sorajkassapa, superior del convento, me dijo que estas hierbas eran un desintoxicante universal, ya que no sólo hacían desaparecer el cuadro de intoxicación a los opiáceos, sino que también servía para el alcoholismo, el tabaquismo, los problemas hepáticos y las jaquecas "que son por toxinas alimenticias".

Después de una gran discusión con él, llegamos al acuerdo de que en el tratamiento del drogadicto, las hierbas eran como un 20 % de la curación y el resto el 80 %.

El hecho cierto es que en toxicómanos con una fuerte dependencia, "súper picados", con lesiones hepáticas, etc..., desaparecía el síndrome de abstinencia hasta el tercer día, mejorando sensiblemente y con una desintoxicación total.

El tratamiento de deshabituación dura diez días, a partir de este momento el paciente puede volver a su casa de "alta" o pasar al segundo nivel de rehabilitación. Este consta de una estancia de treinta días más y deben actuar como servidores de los monjes, dentro de la estructura de los Tudong, algo así como los novicios;

a este sistema pasan un 40 % de los que ingresan por decisión propia y aprobación de los monjes.

Una etapa posterior o de educación vocacional se llama a un plan de resocialización cívico-religiosa "para que los pacientes se conviertan en personas útiles y ciudadanos independientes". Durante este tiempo, que dura noventa días, mantienen las reglas de la orden, pudiendo reciclarse en cualquier monasterio de la orden una vez al año si lo desean.

CONTROL

A la pregunta sobre los resultados obtenidos dicen que desde el tercer mes hasta el doceavo se controla a los pacientes de las siguientes maneras.

1. Enviando cartas a los pacientes tratados, sus parientes, familiares.
2. Enviando representantes del monasterio a conferenciar con los jefes de los poblados, así como con los pacientes tratados.
3. Obteniendo información de los familiares y amigos, así como de los propios pacientes, los cuales visitan voluntariamente el monasterio.

Resultados: 70 % éxitos, 20 % reincluyentes, 5 % desconocidos.

Estas son las cifras suministradas por el monasterio. Parece ser que desde hace unos años el Gobierno suizo y el alemán están mandando enfermos a este monasterio para su tratamiento. Resulta mucho más barato, ya que el viaje y estancia, incluidos, sale el equivalente a unos 500 días, y por otra parte, muchos jóvenes se presentan voluntarios a tratarse, cosa que en un hospital europeo no lo harían.

El superior del monasterio aceptó con agrado la posibilidad de llevar un grupo de jóvenes españoles toxicómanos, así como un máximo de cuatro profesionales para comprobar la experiencia y la evolución de los pacientes con características diferentes a los orientales, la única condición es que "los profesionales no podíamos llevar ninguna medicina occidental y oír, ver y callar".

Desde el punto de vista financiero, parece ser que el monasterio funciona con regalos, donaciones, etc..., no cobra por los tratamientos ni por las estancias.

Bien, hasta aquí una experiencia. Espero pronto volver y contar los resultados. De todas formas nos puede servir como reflexión y ayudarnos algo en este difícil mal trago que estamos pasando en el tratamiento del toxicómano.